

DOS INFLUENCIAS SOBRE EL CARÁCTER DE JOSÉ ANTONIO.



Retrato de Doña Casilda Sáenz de Heredia y Argudín, madre de José Antonio. Fotografía tomada de soltera y que aparece en los recordatorios de su fallecimiento.

En la sala de un hospital un herido, enfermo además, llora en su delirio. Nos acercamos. El nombre de José Antonio se repite con frecuencia en sus labios, sus palabras son un monótono monólogo sobre el mismo tema. Mejora y le interrogamos:

—«Lo único que me importaba era morir sin que pudiera saber José Antonio que me había portado bien. En el frente no pensaba más que en él».

—¿Tú conocías a José Antonio?

—Yo no, pero soy falangista y he ido a la guerra por él».

* * *

Copiamos de una carta que nos viene del frente:

«Recemos porque José Antonio «El César», viva. Recemos para que Dios, que todo lo puede, nos lo devuelva sano y salvo. Adiós, soy cada vez más falangista y sólo quisiera que si tuviera que caer, fuera la bandera roja y negra la que me envolviese y despidiese».

Este muchacho tiene hoy 18 años. El sí conocía a José Antonio y no le olvida. Lo saludaba lleno de orgullo a su entrada y salida en el Centro del Marqués del Riscal los días llenos de ilusión para sus 15 años cuando le correspondía hacer guardia.

* * *



José Antonio (a la derecha) y Miguel, vestidos de luto, reciente la muerte de su madre.

Por una carretera de polvo y piedras avanza un coche. Pilar Primo de Rivera vá en viaje de propaganda. En la plaza de un pequeño pueblo detiene la marcha una pareja de la Guardia Civil. Buena y leal Guardia Civil de los campos. Se asoman a la ventanilla y preguntan:

—«¿Cuál es la hermana?»

Miran a Pilar.

—«¿Tiene alguna noticia? Aquí cavilamos mucho sobre el hermano».

* * *

En un pueblo de Castilla vive un campesino de 60 años. Camisa vieja, se ocupa alternativamente de sus funciones como Jefe local y de suministrar la gasolina. Los coches de la Falange se abastecen siempre que pueden en el surtidor del camarada. Para todos tiene las mismas palabras ligeramente agresivas y acusadoras:

—«¿Qué noticias hay del Jefe? ¿Cuándo lo traéis? Arriba España».

* * *

Hablamos con un joven escritor, ya consagrado. Sus palabras y juicios suelen estar llenos de ironía. Tiene un momento de seriedad.

—«No me acostumbro a no ver a José Antonio. Cada día le echo más de menos. Los acontecimientos pierden la mitad de su interés al faltarnos su comentario. El, cómo nadie, sabía decir la última palabra justa».

* * *

Como una ola de amor y de angustia el recuerdo de José Antonio, el nombre de José Antonio resuena y se va repitiendo por todos los rincones de España.

El carácter del fundador de la Falange no era de los que suelen llamarse abiertos y fácil ni casi puede decirse simpático. Más que nadie exigente y sin transigir con las medias tintas no pasaba por movimiento mal hecho y era su genio el lograr mejor esfuerzo y el mejor resultado de los que le seguían. La fuerza de su personalidad captadora era tan grande que supo fanatizar hasta la muerte a una generación; y casi más asombrosa es la memoria no sólo constante sino en aumento que ha podido ya en su ausencia y sobre la escasa base de unas palabras escritas y unas escenas